

LA MUJER DE LOT

Sobre la pradera fértil, los dos pueblos, el uno frente al otro, separados por un río manso, o mejor, por la inexistencia de un puente. Uno de ellos es Sodoma, el otro Gomorra, pero sería difícil saber a cuál corresponde uno de los dos nombres, tan unidos han estado siempre. A igual distancia de los poblados, un poco empinada en la falda de la colina, está la casa de Lot. El río pasa a dos cuartas de la pared, y las tierras que el hombre cultiva se extienden a lado y lado de la corriente. En la casa hay dos huéspedes extraños. Precisamente ahora están discutiendo con el venerable Lot.

VISITANTE PRIMERO.—Pero entendámonos: todos los ciudadanos de Sodoma y Gomorra tienen interés en la construcción del puente, ¿no es cierto?

LOT.—Sí y no.

VISITANTE PRIMERO.—No comprendo.

LOT.—Yo les he explicado la importancia de esa obra..., y ellos, más que por convicción por respeto a mí, están dispuestos a apoyarla...

VISITANTE SEGUNDO.—Es lo mismo.

VISITANTE PRIMERO.—Pues bien: la decisión del gobierno es que o cumplen con sus obligaciones políticas, es decir, eligen el consejo municipal, o no tendrán puente.

LOT.—Les he hablado ya en estos términos, pero ha sido inútil.

VISITANTE SEGUNDO.—¿Por qué?

LOT.—Porque no les gusta ser ediles.

VISITANTE PRIMERO.—Esa no es una razón seria...

LOT.—Todo depende de lo que se entienda por seriedad. Estos pueblos no le han creado nunca problemas al gobierno. Tienen sus costumbres, su idiosincrasia, se sienten felices como son, y no desean cambiar...

VISITANTE PRIMERO.—Pero deben cumplir un deber... sagrado.

VISITANTE SEGUNDO.—Los altos intereses de la patria exigen un esfuerzo común para el engrandecimiento de todos. El poder

central quiere contribuir a la obra de civilización de todas las regiones del país, pero exige en cambio una justa correspondencia que debe traducirse en el fiel cumplimiento de las obligaciones legales...

LOT.—De acuerdo, de acuerdo.

VISITANTE PRIMERO.—El sufragio universal es la expresión de la voluntad del pueblo. Para que esa fuerza viva y actuante no se atrofie, es necesario que se practique el sagrado derecho de la elección de los conductores locales, quienes deben ejercer sus cargos de acuerdo con los deseos del conglomerado social.

LOT.—Es evidente, es evidente.

VISITANTE SEGUNDO.—No puede renunciarse a ese derecho —a ese deber— por fútiles razones de pereza, o desconfianza de instituciones que han probado su bondad creadora.

LOT.—No hay duda, no hay duda.

VISITANTE PRIMERO.—Por tanto nosotros, en nombre del gobierno central, exigimos a usted que insista ante los ciudadanos de Sodoma y Gomorra para que reconsideren su decisión.

LOT.—Lo haré por complacerles y porque sé que ustedes tienen rectas intenciones.

VISITANTE SEGUNDO.—Decía usted que vendría a hablar con nosotros una representación de los dos pueblos.

LOT.—Sí, señor, dentro de pocos instantes estará aquí.

VISITANTE PRIMERO.—Ojalá no sean los más recalcitrantes.

LOT.—Son los más respetables.

VISITANTE PRIMERO.—Esperamos que nos ayudará a vencerlos...

LOT.—Cuenten conmigo.

VISITANTE SEGUNDO (melosamente).—Usted debe comprender: para nosotros sería muy grave volver a la capital derrotados por estos campesinos... Nuestro prestigio sufriría grave perjuicio.

VISITANTE PRIMERO.—Y nuestra carrera se vería seriamente comprometida...

VISITANTE SEGUNDO.—Lo que sería injusto ya que sólo hemos venido a realizar una obra de provecho.

LOT.—Mutuo...

VISITANTE PRIMERO.—Usted lo ha dicho.

VISITANTE SEGUNDO.—La unión hace la fuerza...

VISITANTE PRIMERO.—A usted se le abre un bello porvenir...

VISITANTE SEGUNDO.—El gobierno no olvida a sus buenos servidores...

LOT.—Lo sé, lo sé.

VISITANTE PRIMERO.—Es usted ahora el patriarca de estos

pueblos y puede convertirse mañana en el gobernante de la región; el cambio es ventajoso...

VISITANTE SEGUNDO.—Y, una vez incorporada la comarca a la actividad política nacional, empezará usted a ascender...

LOT.—A mi edad...

VISITANTE PRIMERO.—Sus canas son la garantía de la experiencia...

LOT.—Pero...

VISITANTE SEGUNDO.—El país necesita hombres sensatos...

(Se oye la risa de la mujer de Lot.)

LOT.—Ah, aquí viene mi mujer...

VISITANTE PRIMERO.—Es una niña...

LOT.—Sí, es la alegría de mi vejez. Quedó huérfana en la edad más tierna; yo la eduqué y la hice mi esposa.

MUJER.—Me dijeron que tenías visita.

VISITANTE PRIMERO.—Señora.

VISITANTE SEGUNDO.—Señora.

LOT.—Estos caballeros son los enviados del gobierno.

MUJER.—Sean ustedes bienvenidos. Ah, perdone usted, tiene enredada en la barba una esmeralda...

VISITANTE PRIMERO.—¿Una esmeralda?

MUJER.—Sí, mírela usted...

VISITANTE PRIMERO.—Es un insecto.

MUJER.—Una esmeralda viva; adorna por igual a los hombres, a las flores y a las bestias, pero se cansa pronto, y salta de un lugar a otro... es menos constante que las piedras.

VISITANTE SEGUNDO (desconcertado).—Sí, sí...

VISITANTE PRIMERO.—Muy ingenioso...

MUJER.—¿Es verdad que van a construir el puente?

LOT.—Pues, verás...

VISITANTE SEGUNDO.—Sin duda, señora... esperamos solamente que los habitantes de estas dos florecientes poblaciones llenen unas pequeñas formalidades...

MUJER.—Será muy divertido...

VISITANTE PRIMERO.—¿Qué?

MUJER.—Pasar por debajo del puente.

VISITANTE SEGUNDO.—¿Por debajo?

MUJER.—Sí.

VISITANTE SEGUNDO.—Es más importante pasar por encima, señora.

MUJER.—¿Para qué?

VISITANTE PRIMERO.—Para, para... para pasar...

MUJER.—¡Ah!

VISITANTE SEGUNDO.—Para ir más rápidamente de un pueblo al otro.

MUJER.—¿Y quién desea ir más rápidamente?

VISITANTE PRIMERO.—Pues todos, los comerciantes, los funcionarios...

MUJER.—¿Los qué?

LOT.—Los encargados de los oficios públicos.

MUJER.—Esos quieren siempre ir más despacio... Ayer, precisamente, Tomás, que es el que tiene el cuidado de la plaza de recha en esta semana, salió de su casa para echar comida a los gorriones y se fue por detrás del árbol grande, allá, en el cruce del camino hondo... y ¿saben ustedes? llegó a la plaza cuando los gorriones se habían ido a dormir.

LOT.—Eso está muy mal.

MUJER.—No te apures. Todos nosotros les dimos de comer y el guardián de Verano, que es Luis, nos advirtió que Tomás llegaría tarde porque le estaba siguiendo la pista a la lluvia.

VISITANTE PRIMERO.—Sin duda una vaca...

MUJER.—¿Cómo?

VISITANTE SEGUNDO.—Muy bonito el nombre...

MUJER.—¿Qué nombre?

VISITANTE PRIMERO.—La lluvia.

MUJER.—Ah, ¿pero no saben ustedes qué es la lluvia?

VISITANTE SEGUNDO.—Sí, sí, ya comprendemos...

MUJER.—¿En la ciudad no llueve?

VISITANTE PRIMERO.—Claro que sí.

MUJER.—Entonces...

VISITANTE SEGUNDO.—Pero...

MUJER.—Qué extraño.

LOT.—Seguir la pista a la lluvia es observar la dirección que llevan las nubes negras, en el cielo...

VISITANTE PRIMERO.—¡Ah!

VISITANTE SEGUNDO.—Y el guardián de Verano, ¿quién es?

MUJER.—Luis.

VISITANTE PRIMERO.—Ya sé, el que está pendiente de la dirección del viento...

MUJER (ríe).—No señor, el que cuida a Verano.

VISITANTE PRIMERO.—¡Ah!

LOT.—Verano es el caballo del llavero.

VISITANTE PRIMERO.—¿Del llavero?

LOT.—Sí, el que dirige al pueblo durante el mes; se lo llama llavero porque tiene las llaves de las casas desocupadas.

MUJER.—Juan y Pedro están llegando...

LOT.—Son los enviados...

VISITANTE PRIMERO.—¿En dónde están?

MUJER.—En la puerta de abajo...

VISITANTE SEGUNDO.—No los veo.

MUJER.—Ni yo, pero los siento.

VISITANTE SEGUNDO.—¿Sí?

MUJER.—Juan le dice a Pedro: tú entras primero... y Pedro responde: no, tú. Entonces Juan dice: el que vea una flor amarilla entra de último...

VISITANTE PRIMERO.—¿Todo eso ha oído usted?

MUJER.—Sí.

LOT.—Es que siempre suelen decir lo mismo...

VISITANTE PRIMERO.—¿Cada vez que vienen acá?

LOT.—Ya todos en estos pueblos sabemos lo que vamos a preguntar y lo que se nos responderá. Una mirada basta para entendernos... hemos vivido tantos años juntos...

VISITANTE PRIMERO.—Comprendo...

MUJER.—¿Se quedarán ustedes mucho tiempo con nosotros?

VISITANTE SEGUNDO.—Sería nuestro deseo, señora, pero estamos obligados a marcharnos hoy mismo.

MUJER.—¿Antes de la hora lila?

VISITANTE PRIMERO.—La hora lila...

MUJER.—Sí.

LOT.—Más o menos a las seis de la tarde.

VISITANTE PRIMERO.—Sí, antes de la hora lila.

(Entran Juan y Pedro.)

LOT.—Sigán ustedes.

JUAN.—Muy buenas.

PEDRO.—Muy buenas.

VISITANTE PRIMERO.—Señores...

VISITANTE SEGUNDO.—Señores...

LOT.—Aquí tienen ustedes a Juan y a Pedro. El uno viene de la derecha y el otro de la izquierda...

VISITANTE PRIMERO.—Ah, pertenecen ustedes a distintas agrupaciones ideológicas...

VISITANTE SEGUNDO.—Pero se unen cuando se trata del progreso común...

LOT.—No señores, Juan vive de un lado del río, y Pedro del otro.

VISITANTE PRIMERO.—¡Ah!

VISITANTE SEGUNDO.—¡Oh!

LOT.—Juan y Pedro representan a todos los habitantes de la comarca; pueden ustedes discutir con ellos como si lo hicieran con el pueblo entero.

VISITANTE PRIMERO.—Esperamos que comprenderán las po-

derosas razones que nos obligan a insistir en los puntos de vista expresados ya por nuestro amigo Lot.

VISITANTE SEGUNDO.—El más vehemente anhelo del gobierno central es contribuir eficazmente al progreso de estas regiones. Para ello, está dispuesto a complacer a ustedes en el deseo manifestado de que un puente magnífico y atrevido estreche los lazos que unen a los dos pueblos.

VISITANTE PRIMERO.—Pero en cambio exige, quiero decir pide, que se ejercite el sagrado derecho del sufragio y se elijan los concejales, para que haya autoridades legítimamente constituidas y reinen la paz y el orden en las relaciones entre los ciudadanos.

JUAN.—¿Ya?

PEDRO.—¿Acabó?

MUJER.—Creo que sí.

JUAN.—Lot nos habló de eso...

PEDRO.—Nosotros sí queremos el puente...

MUJER.—Pedro, ¿tú pasarás por debajo?

PEDRO.—Pero con los ojos abiertos.

MUJER.—Cobarde.

PEDRO.—No, tú sabes que paso con los ojos cerrados por debajo de todos los árboles, pero un puente es peligroso...

MUJER.—Es verdad.

JUAN.—Son piedras que nunca habían estado juntas...

VISITANTE PRIMERO.—Jmjm...decíamos que...

JUAN.—Ustedes quieren que elijamos...

VISITANTE PRIMERO.—Sí.

JUAN.—¿A quién?

VISITANTE SEGUNDO.—Nuestra condición de funcionarios nos permite intervenir en la materia. Los ciudadanos tienen toda libertad para escoger sus voceros, pero si ustedes desean un consejo, atendiendo únicamente al bien común, sí podemos decirles que deben elegir a aquellas personalidades que tengan capacidades para gobernar de una manera justa e inteligente.

PEDRO.—Todos.

JUAN.—Todos.

VISITANTE PRIMERO.—¿Qué?

JUAN.—Todos tienen esas condiciones.

VISITANTE SEGUNDO.—Entonces es más fácil la elección.

PEDRO.—¿Y si no aceptan?

LOT.—Ese es el problema...

VISITANTE PRIMERO.—Pero...

LOT.—Nadie quiere...

VISITANTE SEGUNDO.—Imposible.

LOT.—Hagamos la prueba: Pedro, ¿tú aceptarías la elección?

PEDRO.—No. Prefiero ser llavero cuando me llega el turno...

LOT.—¿Y tú, Juan?

JUAN.—No, yo cumplo con guardar a Verano cuando me corresponde...

VISITANTE PRIMERO.—¿Pero no comprenden ustedes toda la importancia que tiene dirigir el destino de una ciudad?

JUAN.—¿El destino?

PEDRO.—Se burla usted... ¿quién puede dirigir el destino?

VISITANTE SEGUNDO.—Pues...

MUJER.—Es más fácil torcer el cauce del río, y sin embargo nadie ha podido hacerlo...

JUAN.—Sería menos difícil conocer la entrada del invierno, y, ya lo ven ustedes, muy a menudo nos equivocamos...

VISITANTE PRIMERO.—De manera que por no aceptar la elección, se quedarán ustedes sin puente.

JUAN.—Es una lástima.

PEDRO.—Sí, quisiéramos pasar sin ensuciar el río...

MUJER.—Se me ocurre una idea.

VISITANTE PRIMERO.—Dígala usted, señora.

MUJER.—Si nos eligiéramos todos...

VISITANTE SEGUNDO.—Imposible.

PEDRO.—Sería una solución... y siempre habría trabajo; es tan difícil vigilar los propios impulsos...

VISITANTE PRIMERO.—No, no, la ley es terminante, el número de concejales para esta población no puede pasar de diez.

LOT.—Si la ley lo dice...

JUAN.—¿Y quién hizo la ley?

VISITANTE SEGUNDO.—Los representantes del pueblo.

PEDRO.—¿Juan y yo?

VISITANTE SEGUNDO.—De todo el pueblo del país...

PEDRO.—¿Y por qué no pensaron en nosotros?

VISITANTE PRIMERO.—Hemos pensado en ustedes, por eso estamos aquí.

LOT.—Es evidente.

MUJER.—¿Cómo hacen para tener tan buena memoria? Yo salgo en ocasiones a ver a María y a pedir a Elisa grasa para los cabellos, y unas veces olvido llegar hasta donde María, y otras, no traigo la grasa...

(Pausa. Toses de los visitantes.)

VISITANTE PRIMERO (resueltamente).—Haremos por ustedes un último esfuerzo. ¿No hay diez hombres que quieran sacrificarse por toda la población?

JUAN.—Todos.

VISITANTE SEGUNDO.—¿Y aceptan los cargos ofrecidos?

PEDRO.—No.

VISITANTE PRIMERO.—¿Entonces?

JUAN.—Nos sacrificamos para servir, no para mandar.

VISITANTE SEGUNDO.—¿No habrá siquiera cinco?

PEDRO.—Nadie quiere ser elegido.

VISITANTE PRIMERO.—Uno solo, que haya... lo haremos con regidor...

LOT.—No, nadie...

VISITANTE PRIMERO.—Está bien. Antes de retirarnos, queremos dejar constancia de nuestro buen deseo.

LOT.—Lo reconocemos.

VISITANTE SEGUNDO.—Ahora, señores, les suplicamos dejárnos solos con el señor Lot...

JUAN.—Hasta luego.

PEDRO.—Hasta después.

MUJER.—Yo salgo también; bajaré hasta el rosal para ver si encuentro a Tomás.

VISITANTE PRIMERO.—Señora...

VISITANTE SEGUNDO.—Señora...

(Salen Juan, Pedro y mujer.)

VISITANTE PRIMERO.—Lot, nosotros hemos apreciado en lo que vale su esfuerzo por convencer a estas gentes.

LOT.—Hice lo posible.

VISITANTE SEGUNDO.—Y estamos dispuestos a recomendarle.

LOT.—Mil gracias.

VISITANTE PRIMERO.—Venga usted con nosotros. El gobierno se encargará de darle un quehacer digno de sus merecimientos.

LOT.—Pero...

VISITANTE SEGUNDO.—No puede quedarse aquí. Usted mismo sabe los padecimientos que van a sufrir estas gentes...

LOT.—Consideren que...

VISITANTE PRIMERO.—Abandonadas a su propio destino, las dos poblaciones quedarán al margen del progreso; las enfermedades, la miseria, la sed, el hambre, agotarán a sus habitantes antes de dos meses, estos serán campos estériles...

LOT.—¿Qué dice usted!

VISITANTE SEGUNDO.—¿Se imagina que se puede desafiar impunemente al poder central?

LOT.—Supongo que no.

VISITANTE SEGUNDO.—Dentro de poco, una comisión de especialistas en ciencias estadísticas vendrá a visitar estas regiones; hará exámenes minuciosos; comprobará que el coeficiente de mortalidad es el más alto del país; extraerá la más baja cifra

de rendimiento de trabajo, de producción agrícola, de procreación animal, de enlaces ilícitos; con ella, vendrá también la comisión de higienistas; examinará las aguas del río y las declarará malsanas; determinará que el color de las flores es perjudicial para la retina óptica; diagnosticará que el encargado de seguir la pista a la lluvia es un lunático peligroso y que el llavero es un visionario con manía persecutoria; completará la comitiva el grupo de veterinarios que estudiará científicamente las carnes del ganado y las declarará infectadas, conceptuará sobre el tamaño de las aves en sentido desfavorable, y condenará a muerte a Verano, sí señor, a Verano... por haber cumplido ya los años de servicio reglamentarios...

LOT.—Me deja usted aterrado...

VISITANTE PRIMERO.—Ya ve usted. No tiene otro camino: venga con nosotros...

LOT.—Si ustedes lo creen necesario...

VISITANTE PRIMERO.—Indispensable...

LOT.—Los seguiré, no sin pesar...

VISITANTE SEGUNDO.—Muy bien. Y, naturalmente, usted declarará ante el gobierno central sobre nuestra conducta y las actividades que hemos desplegado para convencer a estas gentes.

LOT.—Con mucho gusto...

VISITANTE SEGUNDO.—Nos interesa que sus palabras sean completamente favorables.

LOT.—Pierdan ustedes cuidado.

VISITANTE PRIMERO.—Favor por favor, es usted un caballero.

LOT.—Mil gracias.

VISITANTE PRIMERO.—No hay tiempo que perder, prepare sus bagajes.

LOT.—Tengo primero que hablar con mi mujer...

VISITANTE SEGUNDO.—Sí, convénzala usted...

LOT.—Haré cuanto pueda... pero temo mucho...

VISITANTE PRIMERO.—Píntele usted el cuadro de desolación que acaba de ver...

LOT.—Sí...

VISITANTE SEGUNDO.—Llámelas. Nosotros, entre tanto... seguiremos la pista a la lluvia.

(Salen los visitantes.)

LOT.—Mujer, mujer...

MUJER.—Aquí estoy.

LOT.—Ven, deseo hablarte con urgencia...

MUJER.—¿Qué sucede?

LOT.—Cosas muy graves...

MUJER.—¿Se murió la siempreviva?

LOT.—No...

MUJER.—Te escucho...

LOT.—Mujer: ¿has sido feliz a mi lado?

MUJER.—Sí, Lot.

LOT.—¿Me quieres?

MUJER.—Sí.

LOT.—¿Te dolería separarte de mí?

MUJER.—Mucho.

LOT.—Pues bien: me voy de Sodoma y Gomorra.

MUJER.—No es época de excursiones...

LOT.—Me voy para siempre.

MUJER.—¿Te sientes enfermo? ¿Quieres que llame al curandero?

LOT.—No. Me marchó para la ciudad.

MUJER.—¡Ah!

LOT.—Con los visitantes. Sobre estos pueblos va a caer la maldición más grave que puedes imaginar. Una multitud de bichos con nombres extraños harán invivible la región, porque nadie quiere ser concejal.

MUJER.—Qué terrible cosa...

LOT.—Los visitantes quieren salvarnos a ti y a mí.

MUJER.—Son muy buenos...

LOT.—Por eso nos proponen que huyamos con ellos.

MUJER.—¿Para siempre?

LOT.—Sí.

MUJER.—Imposible.

LOT.—¿Por qué? ¿No me decías que tu amor por mí es grande?

MUJER.—Sí, pero...

LOT.—¿Qué?

MUJER.—Te quiero aquí, Lot.

LOT.—Aquí y en cualquier parte.

MUJER.—No. Tú formas parte de este paisaje, Lot, como mi amor. Aquí todo es uno: el río, el árbol, Tomás, los pájaros, la huera lila, la barca rota, Luis, mi cariño, tus barbas y los gatitos blancos. Nadie concebiría una cosa sin las otras. Cuando te beso, pienso en las aguas mansas, en los gorriones pardos; cuando voy por la vereda pienso en tus dedos arrugados, en tus ojos hundidos, en la boca tosca de Miguel. ¿No te sucede lo mismo?

LOT.—Sí, mujer...

MUJER.—Entonces, ¿me comprendes? Si nos fuéramos, tendría que aprender a quererte de nuevo... y ya estás muy viejo para esperar a que mis ojos se habitúen a otra visión que enmarque nuestro amor...

LOT.—Un esfuerzo...

MUJER.—No, Lot, no podemos tentarnos así...

LOT.—Pero reflexiona: ¿qué harías cuando vinieran esas plagas horribles...?

MUJER.—Las soportaría como los otros. Aquí nadie es mejor ni peor; todos somos iguales. Somos el presente: una imagen, un momento sin momento siguiente; el día de mañana es ayer o es hoy; y cuando alguno de nosotros muere, como Antonio, o como el perro de la calle ancha, lo hace en silencio, con delicadeza, para que su ausencia pase inadvertida y todo siga lo mismo...

LOT.—Tienes razón, mujer, pero las circunstancias son especiales; estoy obligado a protegerte, a velar por tu porvenir...

MUJER.—¿Protección? ¿Porvenir? ¿Qué palabras son éstas?

LOT.—No todo será lo mismo... como tú crees. Las cosas cambiarán y vendrán épocas malas que te traerían crueles sufrimientos si permanecieras aquí.

MUJER.—¿Te acuerdas de los días de peste? El primero en sentir el mal fue Martín; le dolía la cabeza, le pesaba el cuerpo, las piernas no le obedecían... El curandero no pudo aliviarlo. Dos días después, su mujer y su hijo sentían iguales dolores. Y todos nos preocupamos, ¿recuerdas? Nadie pensaba en que podía enfermar; sufría porque una familia, una sola, estaba postrada con terrible dolencia. Pero cuando diez o quince personas cayeron a cama, renació la esperanza. ¡Era una prueba para todos! ¡No había distinciones, ni privilegios, ni castigos individuales! ¡Era un paso duro! ¡Animo! ¡A luchar! Y todos soportamos alegremente mareos, punzadas agudas, temblor de cuerpo... Y poco a poco, volvimos a recobrar la salud, sin que nadie se hubiera quejado. Algunos, antes que mostrarse desesperados, prefirieron morir... Cada cual tiene sus gustos...

LOT.—Mujer: yo debo irme... Es indispensable. Y quiero que me sigas: me perteneces; desde que eras una pequeñuela te he tenido a mi lado; te vi crecer; te he querido con todos mis cariños: el de padre, el de hermano, el de amante. No puedes abandonarme ahora, cuando los años marchitan mi cuerpo y doblegan mi voluntad. ¿Cómo soportaría el dolor de tu ausencia, si ya mi ánimo está roído por el tiempo y mi esperanza es apenas una luz tenue que tu compañía fortalece? Ven conmigo, mujer: entre nosotros, toda vejez ha tenido su sostén; toda boca sedienta, la mano amiga que le trae el agua; todo cuerpo enfermo, el tibio cuidado del vecino solícito. ¿Serías tú capaz de abandonarme?

MUJER.—No, Lot. Yo estaré a tu lado, mientras tú permanezcas junto a mí. Pero no te alejes, porque tendrías que partir solo. No

sé si resistirás el golpe de otro ambiente, la furia de aires nuevos, o si morirás al sentirte extraño, tú que nunca lo has sido. En cuanto a mí, toda mi fortaleza se iría con el viento como zumo de naranja si me perdiera en caminos desconocidos, entre gente nunca vista. Y... además: cuántos serían los martirios con el recuerdo tenaz en la mente, a toda hora, mientras la vida corre. ¿Podría acaso olvidar, por un solo instante, ese ritmo acompasado de las hojas verdes que cuelgan de los árboles del río, si he gastado tantas horas siguiéndolo con los ojos sin experimentar cansancio alguno? Mis pies extrañarían la tierra que pisaran, y mis oídos se harían sordos, por el desconcierto de tantos ruidos nuevos. No, Lot, vete, si así es tu voluntad. Yo no puedo, no quiero vivir asida al recuerdo como un náufrago, contando el tiempo, espionando las lunas, con la inútil esperanza de que la realidad sea un sueño, una pesadilla pasajera, cuando para mí, hasta ahora, los días sólo han sido etapas para llegar a las horas de fiesta, y el recuerdo un punto de comparación para sentir profundamente cómo aumenta el gozo y cuánto dura la alegría.

LOT.—Nunca creí que pudieras darme motivo de disgusto ni que fueras causa de amargura. Aun es tiempo. Dentro de breves momentos emprendaremos la jornada y no quiero decirte adiós...

MUJER.—Es inútil; déjame. Quedaré entre los míos, esperando lo que ha de venir. Aceptaré las épocas de adversidad y lucharé por que vuelvan los años de bonanza, pero seré fiel a mi paisaje. Anda, véte ya, y que tus nuevos amigos digan en la ciudad que la mujer de Lot, al revés de las demás mujeres, no se dejó atraer por lo desconocido, rehusó novedades y cambios, y se quedó entre su gente, decidida, fija y quieta, recia y dura como una estatua de sal.

Fin

RAFAEL GUIZADO